

Poco trecho se habia alongado Don Quijote del lugar de Don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia, como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde, envuelto, al parecer, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas, y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores, cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote; y, despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo; y, para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles, que se llamaba de nombre propio Don Quijote de la Mancha, y, por el apelativo, *El Caballero de los Leones*. Todo esto, para los labradores, era hablarles en griego ó en jergonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quijote; pero, con todo eso, le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo:

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado Don Quijote del lugar de Don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia, como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde, envuelto, al parecer, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas, y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores, cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote; y, despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo; y, para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles, que se llamaba de nombre propio Don Quijote de la Mancha, y, por el apelativo, *El Caballero de los Leones*. Todo esto, para los labradores, era hablarles en griego ó en jergonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quijote; pero, con todo eso, le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo:



"Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda." Preguntóle Don Quijote, si eran de algun príncipe, que así las ponderaba. "No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él, el mas rico de toda esta tierra, y ella, la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer, es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la Hermosa, y el desposado se llama Camacho el Rico: ella, de edad de diez y ocho años, y él, de veinte y dos; ambos para en uno, aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene, asimismo, maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo; de zapateadores, no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y, por quitarse de andar rezeloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues, si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado, y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y, sobre todo, juega una espada como el mas pintado.—Por esa sola gracia, dijo á esta sazón Don Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote, y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.—¡Á mi mujer con eso! dijo Sancho Panza, que hasta entonces habia ido callando y escuchando; la cual no quiere sino que cada

uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: *cada oveja con su pareja*. Lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren.—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitariase la eleccion y juridicion á los padres, de casar sus hijos con quien y cuando deben; y, si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la aficion, con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo; y, si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quién acompañarse: pues ¿por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer, no es mercadería que, una vez comprada, se vuelve, ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo, que, si una vez le echais al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que, si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda mas qué decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio." Á lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado, como le llamó Don Quijote: "De todo, no me queda mas qué decir, sino que, desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el Rico, nunca mas le han visto reir ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio; come poco, y duerme poco; y lo que come, son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos, que, el dar el sí mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte.—Dios lo hará mejor, dijo Sancho; que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir; de aquí á mañana, muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme: por ventura, ¿habrá quién se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No, por cierto; y entre el sí y el no de la mujer, no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria; dénme á mí que Quiteria quiera